

René Nájera Corvera, compil. *La isla de Saucheofú. Fernández de Lizardi, educador. Antología preparada por...* Biblioteca Pedagógica. México: SEP / Ediciones El Caballito, 1986.

Al volver a estudiar la narrativa lizardiana y su crítica, he tenido que revisar, varios años después de publicado, este libro, cuyo título desplaza del lugar que le correspondería el nombre del autor real. Al que ha hecho la antología le corresponde únicamente el crédito del prólogo (9-33) y —sólo en parte— el de las diez breves notas. Aunque es una característica de toda la colección a que pertenece este volumen, sugerida quizá por criterios de promoción comercial o personal —en algún caso ni siquiera se incluye la frase “antología preparada por”—, habría que observar que, en otros tiempos, ni a un alto funcionario de la Presidencia se le concedía tanta importancia en el diseño de un libro cuando era sólo el autor de su prólogo.¹ A esto se añade que el encabezado del prólogo difiere del título que viene en la portada, pues dice: “La Isla de Saucheofú / O el pensamiento educativo de / José Joaquín Fernández de Lizardi, / El Pensador Mexicano”.

Más que desarrollar una argumentación en etapas sucesivas, el prólogo de Nájera Corvera yuxtapone una serie de temas relacionados con el proyecto educativo de Fernández de Lizardi, presente a lo largo y ancho de su abundante y variada producción. El prologuista parte de la idea, muy puesta en razón, de relacionar todo programa educativo con la dimensión de la utopía (señalando de paso el derecho pleno que tenía la isla de Saucheofú, según la concibe Fernández de Lizardi, a ser incluida en el recuento que hizo Alfonso Reyes de las utopías americanas en

¹ Es el caso de la reedición de los textos de Fernández de Lizardi agrupados bajo el título *El Pensador Mexicano* (1960), antología con estudio preliminar y notas de Agustín Yáñez, “autorizada por la Universidad Nacional Autónoma de México, como una cooperación a la Secretaría de Educación Pública”. Las antologías realizadas por Raimundo Mancisidor (1945) y María Rosa Palazón (1982), que también publicó la SEP, son igualmente respetuosas en cuestión de créditos.

Última Tule); expone someramente un "ideario educativo" del Pensador, muy discutible en su formulación; incursiona en la función de la fábula como "primer código de la virtud" de que disponen los niños y también los pueblos, trayendo a colación algunas citas muy pertinentes; llama a comparación a la figura de José Martí, a propósito de un periódico para niños supuestamente ideado por El Pensador (*El Correo de los Niños*), según noticia de un periodista, que en los años cincuenta dijo haber tenido el primer número entre sus manos, sin proporcionar ningún dato para su localización; postula en forma poco convincente la génesis del célebre mural "El sueño de una tarde dominical en la Alameda", de Diego Rivera, a partir de un texto de Fernández de Lizardi ("Pragmática de la libertad"); y glosa por último el contenido de los dos capítulos de *El Periquillo Sarniento* que tratan de la isla de Sauchefú.

Tal yuxtaposición y miscelánea estarían justificadas, hasta cierto punto —e independientemente de sus argumentaciones objetables—, por el contenido del volumen; pero resulta que, aunque en el prólogo se anuncia la inclusión de otros dos textos de índole diversa, éstos no fueron finalmente incluidos en el volumen, que sólo contiene capítulos de las dos novelas mayores de Fernández de Lizardi. Si hubo, a última hora, consideraciones relativas al número de páginas para decidir su exclusión, debieron haberse retirado las notas de anuncio correspondientes.

En cuanto al "ideario educativo" del Pensador, Nájera Corvera se aventura a decir que "ha sido incursionado poco o nada" (14), sin conocer, obviamente, lo que se ha publicado al respecto. Su propia incursión consiste apenas en una enumeración de observaciones y recomendaciones acerca de la educación del niño que, a fuerza de ser generales, traen el sello del lugar común, de entonces o de ahora: no se precisan los rasgos del sistema educativo novohispano a fines de la Colonia, ni el origen de las ideas innovadoras en esta materia que difunde Fernández de Lizardi. Es decir, que, aparte de una mínima referencia a las conclusiones de Anne Staples, no se toman en cuenta siquiera los prólogos y antologías anteriores elaborados por otros especialistas para la misma colección, como los de Pilar Gonzalbo, Dorothy Tanck de Estrada y Cecilia Frost, y mucho menos se intenta esclarecer hasta dónde pudo llegar la influencia de Rousseau, o de sus adaptadores franceses e hispanos, en el "ideario" de Fernández de Lizardi. En sentido contrario, Nájera Corvera enfatiza en todo momento su "autenticidad" —¿a prueba de influencias europeas?— y habla de la "complejidad" y "plenitud" de su pensamiento (10).

Poco se puede contribuir así a "rescatar" para "el pueblo" las ideas del Pensador, "armados del más simple de los métodos, que es el *senti-*

do común" (10), según propone el prologuista, apartándose de "algunos críticos" (como Jacques Lafaye 11-12) que "en el paroxismo de sus elucubraciones" le han atribuido "las influencias hispánicas más insospechadas", y de quienes hemos insistido en la condición criolla de nuestro autor sin negar que su voz, aunque surja de este sector, tenga una "fuerza democrática e ilustrada que desvanece su origen" (13). Aunque Nájera Corvera no menciona explícitamente el prólogo que escribí para la edición crítica de *El Periquillo Sarniento y Noches tristes y día alegre*, publicada en los volúmenes 86 y 87 de la Nueva Biblioteca Mexicana (UNAM, 1982; reimpr. 1990), es claro que polemiza con él a propósito del alcance real que, en su momento, pudieron tener los textos del Pensador.

Es de lamentar, por otra parte, que una edición destinada a los maestros de educación básica y media (y con tiraje de cuarenta mil ejemplares) haya sido tan descuidada, lo mismo en los aspectos editoriales que en los gramaticales, pues no es raro toparse en el prólogo con pasajes como el siguiente, en que a una vacua redundancia se añade algún extravío en la puntuación: "para Fernández de Lizardi había que descubrir esa ineducación, de naturaleza tan antieducativa que, desde la cuna se nos inculca [...]" (21).

Ni los mismos textos del Pensador que son citados en el prólogo salen bien librados del desaliño editorial. Véase, por ejemplo, el discurso supuestamente dicho "por boca" de la "simpática figura" del coronel (22-23). Sólo a veces se insertan puntos suspensivos para indicar saltos en el texto; se glosa el texto y se modifica deliberadamente su sintaxis (compárese con nuestra edición, vol. 87, 196-199). El atrevimiento llega al extremo de añadir, en la siguiente cita, una frase que no es del Pensador, para rematar la argumentación del prologuista: "El campo, ¡sí!" (23).

Dejando para otra ocasión un cotejo minucioso de los capítulos incluidos en la sección antológica, advertimos en una revisión superficial que se ha utilizado nuestra edición y, para *La Quijotita y su prima* (NBM, vol. 75), la de María Rosa Palazón. Es patente que el antologista ha "trasladado" también algunas de nuestras notas —faltan, desde luego, las que resultaban de nuestra labor comparativa entre las primeras cuatro ediciones—, sin solicitar autorización ni dar los créditos correspondientes. Por supuesto, esas notas no están completas, porque se podaron para abreviarlas. La poda alcanza, absurdamente, a las propias notas del Pensador, de las cuales se conservan sólo algunas, las más breves, en ocasiones, entremezcladas con nuestras propias anotaciones (!).

Toda edición de este tipo, que mutila y mete mano al texto con el propósito muy discutible de facilitar su lectura, y esto, sin advertencia alguna, implica un menosprecio a la *sindéresis* del lector, como diría Fernández de Lizardi, en este caso los maestros. Otra cosa es reescribir un texto para adaptarlo a las posibilidades de comprensión y al vocabulario real de niños, adolescentes y lectores sencillos (como lo hizo Raquel Serur con el *Periquillo*, en 1981, para la Biblioteca de Clásicos Mexicanos; en ese caso lo cuestionable sería la fidelidad estilística). En cuanto a la antología reseñada, no se puede menos que concluir que se trata, hasta donde sabemos, de la edición de Fernández de Lizardi más irresponsable que se haya publicado.

FELIPE REYES PALACIOS

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

José Ortiz Monasterio. *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*. México: Instituto José María Luis Mora / Universidad Iberoamericana, 1993.¹

Mentiría si dijera que este libro es malo; iría en contra de los "hechos" de la historia que hicieron posible esta publicación. Sería como entrar en una contradicción *in terminis*, y la ciencia o el arte de hablar con la verdad se funda, hoy, sobre el principio de no contradicción. El libro aparece porque es un buen trabajo, ha recibido varios premios muy merecidos y es símbolo ahora de la necesaria colaboración interinstitucional. Así que fui uno de los primeros en alegrarme de su nacimiento.

En honor al título del libro, quisiera referirme primero a las relaciones entre la historia y la ficción, haciendo una reflexión inspirada en el cine. Un actor, un cineasta, por ejemplo, saben que lo que se actúa en los *sets*, lo que se escenifica en una película, no sucede necesariamente en la vida real. Por ejemplo, en la vida real es muy difícil, casi imposible, que se pueda vivir un triángulo amoroso de manera prolongada; pero en un *film* la convivencia entre tres personas, en completa paz y armonía, llega a parecer posible.

¹ Texto leído en la presentación del libro en el Instituto Mora, 3 nov. 1994.